

berland, donde había visto otra pequeña vía en el fondo de la ensenada Real; allí trabajó una comisión científica alemana durante el año 1882-83. El director de esta empresa científica, ya anciano, aunque siempre con iguales alientos y verdaderamente entusiástico por las exploraciones de los territorios sudpolares, miembro del Consejo del Almirantazgo de Newmayer, en Hamburgo, nos había suplicado que visitásemos aquel territorio, si nos era posible, para conocer la estación alemana e inspeccionar el estado de los edificios. Como teníamos además otras razones, según nuestro plan científico, para desviarnos hacia la bahía Real, decidimos hacerlo antes de desembarcar en grupo.

A las ocho de la mañana del 25 de marzo levó anclas el «Antártico», pero apenas hubimos salido del puerto de Jason, sufrió el tiempo un cambio amenazador. Viento tempestuoso soplaba cada vez más fuerte en la ría, y sobre el mar abierto obscureciase el cielo por momentos. Entonces el capitán creyó más prudente volver al lugar donde estábamos anclados.

Pero la tempestad era cada vez más fuerte y el viejo «Antártico», aunque su máquina trabajara á alta presión, fué llevado insensiblemente hacia atrás por la tempestad en dirección á la embocadura de la ría. Le pusimos las velas de capa, y el buque fué puesto al costado del viento para poder navegar hasta el puerto de Jason.

Allá, dentro de la ría, sentíamos agitarse el huracán; enfilado por el ventisquero bajaba sobre el mar, levantando grandes olas espumosas. Pronto sopló fuera de la ría y nos vimos estrellados por su furia. Un torbellino de agua llenó el aire, las olas entraron sobre cubierta, la arboladura osciló de un modo alarmante, arreciaron los

golpes de viento entre el fragor de la tempestad, y cuando hubo pasado el huracán, quedaron únicamente algunos colgantes retazos como restos de las velas.

Después de corta tregua, nuevas ráfagas huracanadas soplaron violentamente. No teníamos más remedio que hacer rumbo hacia el mar y esperar allí que amainase el tiempo. Afortunadamente notamos, al rebasar la embocadura de la ría, que las más fuertes rachas soplaban únicamente dentro de ella.

Fuera, en alta mar, había sin embargo mucha marejada, y aunque la tempestad no cesaba, era el viento más igual y podía sortearse mejor el temporal.

No se podía desear mejor buque que el «Antártico» para barloventear contra la tempestad. Se quedaba como una gaviota sobre el agua, y decían los marineros que pocos buques como el nuestro sorteaban los golpes de mar, y hasta en aquellos momentos, su balanceo era igual y cómodo.

Poco á poco fué calmándose la tempestad, de manera que podíamos hacer rumbo á la bahía Real, donde anclamos el día 27, en el mismo lugar que los expedicionarios alemanes, bautizado por ellos con el nombre de puerto de Moltke.

Al siguiente día nos sobrevino otra vez la tempestad del oeste, con fuerte ventisca. El «Antártico» tiró de las cadenas, sacudiéndolas fuertemente á impulsos de las violentas ráfagas tempestuosas, y temimos que el buque, arrastrando las anclas, se pusiera en movimiento.

El día 29 calmó el tiempo y salió el sol, de modo que por fin podíamos bajar á tierra y hacer las excursiones proyectadas hacia varios días.

Larsen y yo fuimos por la orilla norte de la bahía

hasta la estación alemana, la que inspeccionamos detenidamente (*).

La casa-vivienda encontrábase en bastante buen estado. En uno de los cuartos hallamos anotado en la pared, que los pescadores de ballenas del «Castor» y el «Hertha», habían estado allí en abril de 1894. En otra parte de la casa encontramos algunos comestibles vege-



Casa-vivienda de la estación alemana.—Bahía Real.

tales echados á perder en su mayor parte por la humedad y el moho; únicamente medio barril de garbanzos, tres cuartos de barril de judías blancas y uno de harina de avena, se hallaban en buen estado.

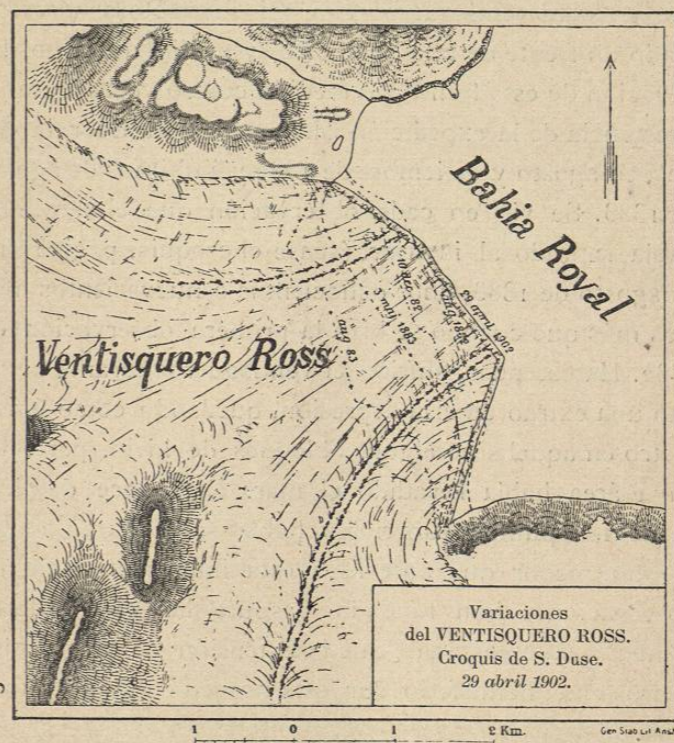
Los observatorios astronómicos y magnéticos estaban muy mal parados; los techos levantados por las tempestades y una de las construcciones medio destruída.

Mientras Larsen y yo examinamos la estación alemana, Skottsberg subió á la cercana montaña de Kiskisius,

(*) Referente á la expedición alemana á la bahía Real, véase la «Exploración Polar Internacional», 1882-83.—Berlín, 1886-91.

de 375 metros de elevación, para ver si encontraba los termómetros de máxima y mínima, que fueron dejados por los exploradores alemanes.

Sobre esto escribe Skottsberg: «A algunos metros de un gran bloque de piedra se encontró en el suelo la tabla



á la cual estuvieron sujetos los termómetros: colgaba aún de ella un cordel de tres metros de largo y hallábase todo sobre un pequeño montículo de nieve, completamente desabrigado y expuesto á todos los vientos. Los termómetros estaban hechos añicos. Todas estas cir-

cunstancias indicaban que la tabla donde estuvieron clavados los termómetros, debió ser derribada por el viento después de la salida de la expedición alemana.»

Duse se hallaba en otro lugar muy atareado en un interesante examen. Entre el puerto de Moltke y la parte más interior de la orilla sur de la bahía desemboca al mar un gran ventisquero —el ventisquero Ross—presentando un frente de tres kilómetros y medio de largo. La situación de este frente fué medida cuatro veces durante la estancia de la expedición alemana en la Georgia del Sur, en agosto y diciembre de 1882 y á últimos de agosto de 1883. Se vió en cada observación que el frente se había retirado al interior, (véase el croquis, página 81;) en agosto de 1883, unos ochocientos ó novecientos metros más que cuando se hizo la primera observación en 1882. Había, pues, sufrido el ventisquero durante aquel año una extraordinaria depresión, quedando como único rastro en aquel sitio algunos bloques de hielo, parte de cuya área había invadido el mar. El avance de hielo desde los puntos superiores había sido, durante este tiempo, menor que antes. En esta interesante serie de observaciones han fundado después los exploradores alemanes su creencia de que la extensión de los ventisqueros en el hemisferio sur está hoy en continuo retroceso.

Para comprobar esas atrevidas suposiciones hizo Duse, á instancias mías, una nueva determinación que dió el sorprendente resultado de que el frente del ventisquero, el 29 de abril de 1902, «había rebasado el sitio más exterior que señalaran los exploradores alemanes.» De esto se deduce que, después del minimum de depresión en agosto de 1883, verificóse una nueva y formidable

extensión del ventisquero. Esta observación demuestra también que hay necesidad de comprobar las experiencias en distintas épocas y poseer un material de observación muy completo para reunir datos precisos acerca de las variaciones de los ventisqueros.

Disfrutamos aún de otro día espléndido, que aprovechamos entregados á diferentes trabajos en la bahía Real. Cuando partimos por la noche del 30, estaba el mar tranquilo como un espejo bajo la magnífica luz de la luna, mientras la fosforescencia del agua alrededor del buque tenía una fuerza extraordinaria, atendiendo á la parte del océano que cruzábamos.

Recordamos que aquella noche se celebraba la feria de Vaubourg; en Upsala habían salido ya á relucir durante el día las blancas gorras estudiantiles, y precisamente en aquel momento, cuando nuestro reloj señalaba las cinco y media, con sus tres horas y media de más, marcharía el numeroso grupo de estudiantes hacia el Palacio.

Nos propusimos escuchar el canto juvenil de la comitiva, y en la obscura noche creíamos ver las luces de la feria de Vaubourg, que brillaban únicamente en nuestra imaginación.

Nos parecía celebrar la noche según la vieja costumbre de Upsala. Teníamos una sola gorra de estudiante, que se puso Skottsberg, el cual nos dirigió magistralmente cuando entonamos á coro el himno nacional. Organizada en el salón, fué la «comitiva estudiantil» hasta la puerta del camarote del capitán Larsen.

Como consideramos que no estaba muy en armonía celebrar la entrada de la primavera cuando para nosotros comenzaba el invierno, cambiamos esta parte del programa y decidimos conmemorar la noche de la fiesta de

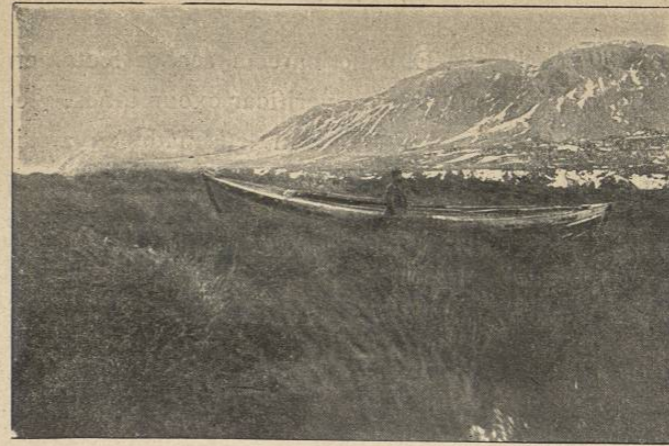
Vaubourg con una «serenata de estudiantes» dedicada al buen capitán. El bosquecillo de Odin le figuramos cerca de la chimenea y entonamos todo género de canciones regionales, aunque entre las provincias escandinavas



Ventisquero Ross desde la estación alemana.

solamente estaban representadas Södermanland y Nerikes por dos tripulantes.

A pesar de la animación que reinaba entre nosotros, no quisimos prolongar más la velada, pues necesitábamos descanso, y después de tomar un ligero refrigerio y brindar por el feliz éxito de nuestra empresa, se dió la fiesta por terminada.



El bote de la bahía de las Ollas.

CAPITULO V

Vida de tienda y viajes en bote

CON tiempo apacible y sereno, á la mañana siguiente, primero de mayo, hicimos rumbo nuevamente hacia la bahía de Cumberland. Entramos en la ría que tan imponente aspecto presentaba días antes, cuando descargó la furiosa tempestad. Hallábanse ahora sus aguas casi inmóviles, y únicamente un sordo ruido y la ligera espuma que blanqueaba las orillas y humedecía los escarpados daban á conocer la débil marejada. El «Antártico» hizo rumbo hacia un promontorio alto y escarpado, situado entre los grandes brazos de la ría.

No muy lejos de la costa atraía nuestras miradas un hermoso valle magníficamente cubierto de poa. Desde la cima de la montaña que separaba este valle del brazo meridional de la ría, podría el cartógrafo ver libremente todos los detalles de la accidentada costa á derecha é